

**Año: XXIX, 1988 No. 654**

N. D. Este artículo es un fragmento extractado del ensayo ¿Dónde está la riqueza de las naciones? De la colección premio Ludwig Von Mises, que se otorga anualmente en México. Carolina Romero de Bolívar, es una activa colaboradora del centro de investigaciones sobre la libre empresa C.I.S.L.E., de la ciudad de México. Ha sido profesor Universitario de Humanidades.

## **El capitalismo cojo**

Carolina R. de Bolívar

La carencia fundamental del capitalismo estriba en que su filosofía no está expresada con palabras llanas y sencillas de manera que las personas comunes pueden saber cuál es su esencia y qué principios morales lo sustentan.

Adam Smith, al cuestionarse sobre **El origen de la riqueza de las naciones**, se refirió básicamente a la riqueza material; sin embargo, es importante recordar que Smith era, ante todo, un filósofo humanista, un hombre que vela más allá de la realidad tangible y concreta. Antes de escribir su tratado económico, escribió **La teoría de los sentimientos morales** donde delineó principios éticos fundamentales para el ser humano, en los planos individual y sociocultural. Smith sentó dos bases de investigación que señalaron los derroteros a sus continuadores: el material y el espiritual. Es evidente que las investigaciones económicas han florecido más que las ético filosóficas, en cuanto al capitalismo concierne.

En la búsqueda del entendimiento y la clarificación de los mecanismos económicos, capaces de generar riqueza, nos hemos olvidado de hablar del espíritu del capitalismo. Hemos dejado de lado las bases morales imprescindibles para el desarrollo que la humanidad necesita si ha de vivir equilibradamente en un mundo de abundancia y de comodidades como se da en la actualidad. El olvido, descuido, y como queramos llamarle ha provocado un desequilibrio en las sociedades libres y ha deteriorado la imagen del sistema. No es extraño que hoy muchos capitalistas **de facto** rechacen ser considerados como tales, dado que el vocablo los califica como acumuladores de fortunas y no como participantes de un sistema que contiene los más altos y sublimes principios a los que una sociedad puede aspirar.

Nuestro mundo Occidental se ha convertido en un desierto, un desierto de hombres áridos y resacos, presos de vacío existencial. El capitalismo que ha probado ser, desde el punto de vista económico, la vía adecuada para generar la riqueza de las naciones y elevar el nivel de vida de todos los individuos, ha propiciado también ciertas actitudes negativas que son criticables y que han motivado el rechazo de una gran mayoría. ¿Cuál es el motivo del rechazo? Parece ser éste un tópico de primer orden para algunos intelectuales de diversas nacionalidades.

Keith Joseph, actual ministro de educación en Inglaterra, convencido y fiel militante del capitalismo, señala que «el anticapitalismo es un prejuicio moral, casi religioso, y no un

debate sobre la eficacia del sistema». Joseph considera al sistema de libre empresa o capitalismo como una moral social.

Por otra parte, Michael Novak, en su extraordinario libro **El espíritu del capitalismo democrático** exalta la importancia de dar al sistema los fundamentos morales que parece estar exigiendo con premura. El teólogo católico americano declara en su libro que el capitalismo es un sistema que abarca lo económico, lo político y lo sociocultural, y no exclusivamente lo económico como suele considerarse.

Novak intuye que cuando el sistema de mercado libre adquirió fuerza, los dirigentes de la iglesia y los líderes intelectuales se vieron ante un cambio inadmisibile, especialmente porque venía de dos clases consideradas por ellos «inferiores»: el sector burgués y el sector obrero.

La fuerza económica, durante la Revolución Industrial, dio poder a los sectores productivos y contribuyó a democratizar las relaciones sociales, hasta entonces elitistas y rígidas.

Este agravio se fue heredando en esos sectores y se convirtió para la Iglesia en un rechazo dogmático en contra del sistema, sin bases justificadas. Tampoco los intelectuales fueron capaces de ver al capitalismo como un sistema promisorio, lleno de oportunidades para las ciencias, las artes y las técnicas, como un medio idóneo que eleva el nivel de vida de todos como en realidad ha demostrado ser.

Desde entonces el capitalismo se quedó sin el respaldo espiritual necesario para dar un sentido y una orientación moral a las acciones individuales.

Los socialistas por su parte han sido muy hábiles y su éxito ha estado precisamente en haber detectado este fenómeno y haber llenado el vacío que los pensadores del capitalismo no han sabido llenar. Ellos han elaborado una doctrina «moral» que, aunque falsa, cumple con su función. Han manejado principios como la caridad, la fraternidad, la ayuda al desposeído, el desapego a los bienes materiales, el rechazo al egoísmo, el amor a la humanidad y a la justicia social y han revestido su sistema con las virtudes más sublimes, que, aunque no coinciden con su proyecto final, si cumplen con su cometido inmediato: el de hacerse escuchar y seguir por las masas.

El capitalismo ha llenado a los países de bienes y servicios, de comodidades y oportunidades, ha aportado los medios para el desarrollo científico y tecnológico, pero esto pasa inadvertido para la gente, quien lo toma fortuitamente, lo encuentra natural y jamás se pregunta sobre el origen o la causa que ha hecho posible ese esplendor.

Desgraciadamente, el capitalismo ha crecido cojo, se ha malformado por su carencia de espiritualidad.

La amenaza de la declinación y el posible abandono del sistema no proviene tanto del avance y la extensa propagación del socialismo en las sociedades libres; el verdadero peligro debemos verlo en la corrupción moral y la desorientación de las nuevas

generaciones. ¿Qué futuro le depara al mundo libre una juventud carente de espíritu, de esperanza, de respeto a sí misma, de ideales altos, sumamente prostituida y relajada? ¿Podrán las minorías que se han preservado sanas luchar contra esas mayorías, contra esa corrupción? ¿Podrán ellos guiar a los demás hacia la libertad? ¿Sobrevivirá el capitalismo sin el sustento ético y filosófico que le imprime el espíritu y lo complementa? Difícilmente, por no decir imposible, podrá prevalecer un sistema que sólo aporta los medios materiales sin aclarar los fines morales. ¡He allí el reto!

## **LA SOCIEDAD MODERNA**

Mediante la *orientación* al mercado mundial, *la sociedad moderna* ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los tradicionalistas ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la autarquía de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

## **KARL MARX, 1848, «El Manifiesto Comunista»**

*«El concepto moral que afirma la libertad del hombre y su consiguiente responsabilidad personal, halla su verdadera expresión en el sistema capitalista de libertad de empresa».*

**Benjamín Rogge**